

# LA INMIGRACIÓN COMO FORMA DE PRESIÓN POLÍTICA: POLAVIEJA, LOS HACENDADOS Y LA COLONIZACIÓN POR LA VÍA MILITAR. CUBA, 1878-1892\*

IMILCY BALBOA NAVARRO

*Universitat Jaume I*

EN 1868 ESPAÑA SE ENFRENTÓ EN CUBA a una insurrección anticolonial que se extendió por espacio de diez años. La situación generada no sólo desde el punto de vista socioeconómico —con el inicio del proceso de abolición de la esclavitud y el establecimiento de los ingenios centrales, portadores de nuevas relaciones sociales de producción—, sino también político —aumento de la inestabilidad, extensión del bandolerismo rural y continuados intentos separatistas—, coadyuvó a dotar de un nuevo contenido a la idea del poblamiento y colonización de la Isla.<sup>1</sup>

A partir de aquí la inmigración dejó de ser sólo económica para plantearse como alternativa político-ideológica. Esta dicotomía tuvo su expresión práctica en el enfrentamiento entre las autoridades y los mayores dueños de ingenios, cada uno interesado en promover la inmigración-colonización pero con objetivos diferentes. Para el Gobierno, la prioridad estuvo en promover la colonización de los terrenos del interior con inmigrantes españoles y militares, más a propósito para mantener la supremacía racial y con ello la "nacionalidad", al tiempo que se asentaba población fiel al poder español y se alejaba el peligro de una nueva confrontación bélica.<sup>2</sup> Mientras que los hacendados azucareros apremiados por el fin del sistema esclavista y la necesidad de sustituir la fuerza de trabajo esclava, optaron por reclamar una crecida inmigración, sobre todo de jornaleros.

Durante la década de los ochenta y principios de los años noventa se concentraron la mayoría de los proyectos encaminados a la colonización por la vía militar, in-

\* Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación BIIA 2000-1334, en una estancia de investigación financiada por la Secretaría de Estado, de Educación y Universidades (SB 2000-0045).

<sup>1</sup> Para mayor información acerca de la situación de la Isla en esos años, véase Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba...*, t. 2, p.156-379 (caps. IV-VII). Sobre el bandolerismo, Louis A. PÉREZ, *Lords of the mountain...* Manuel DE PAZ, José FERNÁNDEZ y Nelson LÓPEZ, *El bandolerismo en Cuba...* Imilcy BALBOA, "Bandidos y bandidos".

<sup>2</sup> La intención de crear una "nacionalidad" de blancos y los criterios discriminatorios presentes en las concepciones sobre la inmigración a la Isla en Consuelo NARANJO y Armando GARCÍA, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*. Sobre los objetivos políticos e ideológicos véase, además, C. NARANJO, "Hispanización y defensa de la integridad nacional en Cuba, 1868-1878".

centivados por el interés metropolitano. Algunos no pasaron del papel, y otros se hicieron realidad pero pronto fracasaron; no obstante, la experiencia acumulada permitió que, finalmente, en 1890 las colonias pensadas por y para los militares se concretaran en la práctica. En el presente trabajo estudiaremos la colonización por la vía castrense durante el periodo de gobierno de Camilo Polavieja y del Castillo (24 de agosto de 1890-20 de junio de 1892): su concepción, sus diferencias con proyectos anteriores, sus vías de realización y su incidencia en la colonización en general. Asimismo, analizaremos la oposición que este tipo de propuesta despertó entre los dueños de ingenios empeñados en lograr una corriente continuada de inmigración con destino al cultivo del azúcar, como expresión entre la diferenciación de los conceptos de inmigración y colonización, que a partir de aquí se fue haciendo mayor en la misma medida en que los objetivos de los promotores de una u otra concepción marcharon por caminos dispares.

#### LOS ANTECEDENTES DE LA COLONIZACIÓN MILITAR. DE LOS PROYECTOS INCONCLUSOS Y LAS PROPUESTAS ARBITRISTAS AL PLAN SALAMANCA

La idea de vincular la inmigración-colonización y la necesidad de brazos para la agricultura con las necesidades de tipo defensivo no era algo nuevo. Algunos hacendados, incluso antes del estallido independentista, interesados en poner en explotación parte de sus terrenos incultos al tiempo que obtenían fuerza de trabajo barata, trataron de interesar a las autoridades en proyectos de este tipo realzando su lado "patriótico": el asentamiento de peninsulares y canarios en colonias agrícola-militares. Tales fueron los casos, por ejemplo, de la propuesta de Andrés Vizcarrondo en 1861 y la del conde Mopox y Jaruco en 1869. En esta misma línea, cuatro años más tarde, el Ayuntamiento de Cienfuegos solicitó autorización para desarrollar un programa de colonización con licenciados del Ejército, pero fue desestimado por el Consejo de Administración.<sup>3</sup>

Tras la conclusión del conflicto, la colonización por la vía militar volvió a adquirir actualidad. La inserción de enclaves castrenses en las áreas rurales les permitiría a las autoridades alcanzar la resolución de varias cuestiones. En lo político, la vigilancia y neutralización, en caso necesario, de los pobladores cercanos, mientras que, en lo económico, coadyuvarían a mitigar los costes de mantenimiento del Ejército en la Isla, al tiempo que revalorizaban los terrenos del Estado con su puesta en explotación. Por último, desde el punto de vista social, las colonias podrían erigirse en

<sup>3</sup> Véanse "Voto consultivo acerca del proyecto de Andrés Vizcarrondo para establecer ingenios-centrales en esta isla con colonias agrícolas-militares", 1861, Archivo Nacional de Cuba [en adelante, ANC], Fondo Miscelánea de Expedientes [en adelante, ME], leg. 791, exp. T; "Expediente sobre colonización de varios terrenos baldíos pertenecientes al Sr. Conde de Mompox y Jaruco y al Estado", 1869, ANC, Fondo Gobierno General [en adelante, GG], leg. 349, núm. 16.832; "Expediente sobre colonización del Conde de Mopox y Jaruco," 1870, ANC, GG, leg. 349, núm. 16.846; "Consulta sobre lo promovido por el Ayuntamiento de Cienfuegos sobre colonización de aquella jurisdicción con licenciados del ejército", 1873, ANC, Fondo Consejo de Administración [en adelante, CA], leg. 34, núm. 3.687. También *Gaceta de La Habana*, 22 de septiembre de 1869.

destino de los licenciados del Ejército que no encontraban trabajo y terminaban de vagabundos en las ciudades y poblados, así como forma de subsistencia para los soldados que trabajaban en las haciendas para allegar recursos.<sup>4</sup>

La década de los ochenta marcó un punto definitorio en cuanto a la colonización por la vía militar, tanto en la esfera teórica como a nivel práctico. Así, junto con los primeros ensayos asistimos de forma paralela al incremento del número de proyectos presentados, que ponían énfasis en perfeccionar esta vía de poblamiento acorde con el interés de las autoridades.

Las primeras colonias con carácter castrense fueron fundadas al término de la guerra precisamente por Camilo Polavieja, quien era partidario de la "ocupación militar" como forma de hacer duradera la paz alcanzada.<sup>5</sup> Acorde con este criterio —primero como comandante militar de Puerto Príncipe y un año más tarde de la provincia de Santiago de Cuba—, Polavieja instaló enclaves de este tipo en cada uno de los territorios bajo su mando.

Para la fundación de la primera colonia adquirió la finca Contramaestre —situada en el camino a Santa Cruz del Sur, en la región principieña—, con el fin de facilitar tierras a los licenciados del Ejército, quienes se dedicarían al cultivo, protegidos por una guarnición integrada por unos cuatrocientos hombres aproximadamente. Dicha medida fue aprobada por La Habana en agosto de 1879, aunque desde el año anterior ya se habían asentado algunos ex soldados en el lugar. Mientras, en Oriente estableció otro enclave en el demolido ingenio El Caney, en el término de Palma Soriano.<sup>6</sup>

Estas experiencias no tuvieron continuidad. Todo parece indicar que, al cesar en su cargo, algunas de las colonias fundadas por él fueron abandonadas a su suerte o simplemente disueltas, como ocurrió con la denominada El Caney, que fue clausu-

<sup>4</sup> En 1880 la Capitanía General de la Isla autorizó a los jefes de los diferentes cuerpos a conceder licencia a los soldados que quisiesen trabajar. El empleo de los rebajados se convirtió en un negocio lucrativo para ciertos propietarios que conseguían poner en explotación una parte de sus terrenos a costa de los soldados sobre los cuales recaían los gastos de colonización, mientras que el hacendado sólo se limitaba a adelantar los fondos que serían descontados de los salarios —menor que el que percibía un trabajador libre— más una cantidad adicional en concepto de intereses. Finalmente, desde la Península se ordenó la disolución de las colonias constituidas bajo tales condiciones por la "deshonra" que esto significaba para el cuerpo armado. Véase, por ejemplo, el *Informe del Negociado de Política* del Ministerio de Ultramar, 23 de diciembre de 1881 en "Expediente sobre repartimiento de terrenos baldíos y realengos y de propios y arbitrios de los pueblos y de los cedidos voluntariamente por los grandes propietarios, para concesiones a los licenciados del Ejército de Cuba y Voluntarios vecinos que hayan sufrido pérdidas, e individuos presentados a indulto y colonias militares", 1880-1883, Archivo Histórico Nacional de Madrid [en adelante, AHN], Fondo Ultramar, Sección Fomento, leg. 278, núm. 4.

<sup>5</sup> Camilo POLAVIEJA, *Relación documentada de mi política en Cuba*, p.39.

<sup>6</sup> Aunque sólo hemos encontrado información sobre el establecimiento de estas dos colonias, Polavieja, en carta al capitán general Ramón Blanco, refiere que durante estos años fundó cinco establecimientos. Véase Camilo POLAVIEJA, *Relación documentada de mi política en Cuba*, p.27. También "Expediente promovido por la Junta Protectora del Trabajo de Puerto Príncipe solicitando adquirir por compra la finca Contramaestre para establecer una colonia agrícola", 1879, ANC, GG, leg. 42, núm. 1.765; "Documento relacionado con la propiedad de la finca denominada Contramaestre en Santa Cruz del Sur", 1879, ANC, GG, leg. 39, núm. 1.646; "Carta de Polavieja al capitán general Ramón Blanco, fechada en Puerto Príncipe el 4 de junio de 1879", Archivo General de Indias [en adelante, AGI], Fondo Diversos, leg. 9B, núm. 155.

rada, y los terrenos que la componían fueron distribuidos en lotes según lo dispuesto por el Real Decreto de 27 de octubre de 1877.<sup>7</sup>

El decreto de 27 de octubre no estaba destinado propiamente al fomento de enclaves castrenses, sino que establecía el reparto de terrenos públicos: baldíos y realengos o de propios y arbitrios entre los licenciados del Ejército y voluntarios movilizadas o que hubiesen asistido en alguna función de guerra, vecinos que permanecieron fieles al Gobierno y sufrieron pérdidas considerables a causa del conflicto e individuos presentados a indulto.

Aun así, el proceso de reparto de terrenos desbordó el objetivo de la disposición —dotar a los licenciados de medios de subsistencia— y la mayoría de los terrenos fueron finalmente entregados a campesinos de la región. El “Decreto de Reconstrucción”, como también se le conoció, fue la vía de colonización que mayor importancia adquirió tras la conclusión del conflicto. Con él, la colonización fue dotada de un nuevo contenido, vinculado no sólo a la rehabilitación de las regiones afectadas durante la guerra, sino también a la puesta en explotación de los terrenos del Estado en la zona oriental. Dicha legislación se convirtió en la génesis de todas las propuestas colonizadoras. A él acudieron tanto las autoridades como los dueños de ingenios para justificar sus respectivos proyectos, aunque sus propósitos eran diferentes. El Gobierno insular lo utilizó como referente para la colonización militar, y los propietarios de ingenios lo aprovecharon para el fomento de nuevos centrales azucareros.<sup>8</sup>

La forma en que terminaron las primeras colonias y los escasos resultados obtenidos en cuanto al asentamiento de los soldados licenciados no desalentaron a los partidarios de la colonización militar, que continuaron insistiendo en esta vía. Por un lado, tenemos a los militares que a título individual presentaron varios proyectos destinados a perfeccionar dicho plan de poblamiento; por otro, las propias autoridades metropolitanas que buscaron una solución definitiva a través de la Comisión Cassola.

Así, durante los primeros años de la década de 1880 se publicó una serie de estudios que trataron de dar solución a los problemas creados con las colonias anteriores al tiempo que se daba continuidad al decreto de 27 de octubre. Entre las propuestas podemos citar la *Memoria sobre la creación de colonias militares en la Isla de Cuba* (1881); el *Proyecto sobre la reconstrucción con individuos de tropa, formando colonias militares por las reservas del ejército* (1882), presentado

<sup>7</sup> Véase “Documento relativo al deslinde de los terrenos que comprendía la colonia militar del Caney”, 1883, ANC, GG, leg. 50, núm. 2.249. “Expediente promovido por el gobernador de Santiago de Cuba, sobre deslinde de los terrenos que comprendía la colonia militar de El Caney”, 1883, ANC, GG, leg. 370, núm. 17.663.

<sup>8</sup> Para mayor información sobre la política de reparto de terrenos según lo dispuesto por el Real Decreto de 27 de octubre, sus resultados finales y su vinculación con el azúcar en la Isla, véase IMILY BALBOA, *Los brazos necesarios...*, p. 49-118.

por el coronel Eduardo Sánchez Hortal; y el plan del también coronel Martín Miret Queraltó (1883).<sup>9</sup>

En la *Memoria* —cuyo autor no se especificaba—, aun cuando se reconocían los escasos resultados de esta forma de colonización, se justificaba su aplicación ante la necesidad de “salvaguardar la paz, la prosperidad y la nacionalidad”. Los enclaves se establecerían al oeste de la Trocha de Júcaro a Morón y desde Cauto Embarcadero hasta la bahía de Nipe, lo que permitiría dividir la Isla en tres partes de forma tal que se pudiese aislar cualquier movimiento insurreccional que se produjese en alguna de ellas. El plan establecía la construcción de una colonia central que haría de centro rector para el resto de los enclaves. Serían poblados atrincherados, que en caso de necesidad asumirían funciones defensivas similares a las de la trocha, y los habitarían cuatro batallones conformados por individuos del Ejército o voluntarios.<sup>10</sup> Los enclaves serían de tres clases: los llamados “cuerpos activos”, la reserva activa de reenganchados voluntarios y la reserva pasiva de voluntarios. El primero se encargaría del acondicionamiento y el resto se dedicarían propiamente a la producción.

Un año más tarde, el coronel Eduardo Sánchez Hortal insistió en la misma línea, con un proyecto que vinculaba la reconstrucción con el establecimiento de colonias militares, al tiempo que trataba de conciliar los deseos de los dueños de ingenios y los objetivos políticos del Gobierno. El nuevo plan reconocía la necesidad de brazos para la agricultura después de promulgada la ley de patronato, y entendía que la inmigración debía ser preferentemente de españoles, pero como estos últimos sólo trabajaban sobre la base de “imposiciones”, la mejor forma para resolver los problemas de inmigración-colonización y ayudar a la reconstrucción sería la vía militar. Los inmigrantes vendrían a expensas de una titulada Sociedad de Inmigración Española fundada por los hacendados, quienes adelantarían el pasaje que luego pagarían los colonos conjuntamente con un doblón para resarcir a la Sociedad de las pérdidas que pudiesen tener en caso de que alguno falleciese. Cuando liquidaran su deuda con la compañía, los agricultores podrían ingresar en las colonias militares. En cuanto a la organización militar, planteaba establecer varios cuadros de reserva en puntos estratégicos y de escasa población, y a partir de un poblado cabecera se irían

<sup>9</sup> Véanse *Memoria sobre la creación de colonias militares en la Isla de Cuba*, Eduardo SÁNCHEZ HORTAL, *Proyecto sobre la reconstrucción con individuos de tropa, formando colonias militares por las reservas del ejército*; y el proyecto de colonias militares en dicha isla, cuyo expediente se remite a informe del Consejo de Estado en pleno, 12 de noviembre de 1883, en “Expediente sobre repartimiento de terrenos baldíos y realengos y de propios y arbitrios de los pueblos y de los cedidos voluntariamente por los grandes propietarios, para concesiones a los licenciados del Ejército de Cuba y Voluntarios vecinos que hayan sufrido pérdidas, e individuos presentados a indulto y colonias militares”, 1880-1883, AHN, Ultramar, Fomento, leg. 278, núm. 4.

<sup>10</sup> En el caso de los voluntarios, se refiere a aquellos soldados licenciados o civiles que quisiesen formar parte de la colonia de forma espontánea y no al cuerpo que en la Isla posía igual nombre. Se admitirían españoles menores de cuarenta años y de “buena conducta”, junto a prófugos de la justicia que al incorporarse a algún enclave serían indultados y negros. Para estos últimos su incorporación sería por dos vías: aquellos que prestaron servicios al ejército español o libertos de “mala conducta que como “castigo” serían enviados a los trabajos de la Trocha cobrando el haber de un presidiario y por tiempo indeterminado. Véase *Memoria sobre la creación de colonias militares*. La información relacionada en el texto corresponde a las p.3-4, 6-7 y 15.

situando las compañías de soldados en puntos más o menos distantes. El objeto fundamental de estos enclaves sería "vigilar a los vecinos más cercanos".<sup>11</sup>

Los escasos resultados arrojados por la política de reconstrucción, unido a las deficiencias de los proyectos presentados hasta entonces, decidieron a las autoridades metropolitanas a tomar cartas en el asunto directamente. Por Real Orden de 21 de octubre de 1881, se constituyó una comisión que se encargaría del estudio de las cuestiones relacionadas con la instalación de colonias militares en Cuba y la confección de un reglamento para su ejecución. Dicha comisión estaría presidida por el teniente general del Ejército Manuel Fernández Cassola y la integraron once vocales entre mariscales de campo y dueños de ingenios.<sup>12</sup>

Sin embargo, la idea de integrar a los militares y los hacendados en busca de una solución que enlazara las cuestiones relacionadas con la inmigración y la colonización, lastró desde un inicio el funcionamiento de la Comisión. En principio todos coincidían en la necesidad de encontrar una fórmula que resolviera los problemas del abasto de mano de obra y la colonización; el desacuerdo se centraba en la forma de llevarlo a la práctica. Los militares seguían apostando por los poblados castrenses, mientras que los dueños de ingenios consideraban que la creación de colonias militares no era la solución más adecuada.

Los hacendados azucareros apremiados por el fin del sistema esclavista pretendían imponer una fórmula que les permitiera procurarse brazos baratos para producir azúcar a bajo precio, sin perder el control sobre los trabajadores, por lo que proponían dos variantes que gravitaban sobre idéntico fin: que se eximiera a los soldados de todo servicio y se pudieran contratar libremente, o que se autorizara el trabajo en las fincas azucareras de unidades militares en su totalidad. Para justificar sus intenciones argumentaban que de esta forma se aliviaría al Tesoro de los haberes de los soldados, y en gesto de buena voluntad se comprometían a permitir, algún día cada mes, la realización de prácticas y ejercicios militares. Por su parte, los militares se mostraron opuestos a tales pretensiones. Desde su punto de vista era inadmisibles que los soldados terminaran convertidos en cuadrillas de jornaleros. De esa forma, además, se minaría la disciplina, cohesión y organización de las unidades y, por tanto, se debilitaría el Ejército de Operaciones en Cuba, máxime en esa época de revueltas e insurrecciones.

Tras dos años de discusiones, la comisión presidida por Cassola emitió su dictamen el 18 de junio de 1883. Se utilizarían los terrenos del Estado existentes en las provincias de Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba para fundar cam-

<sup>11</sup> Sobre las condiciones del proyecto véase E. SÁNCHEZ HORTAL, *Proyecto sobre la reconstrucción con individuos...*, p.20-28 y 40.

<sup>12</sup> La comisión estaba integrada por: León Crespo de la Serna, senador del Reino; Manuel Armíña y Gutiérrez, Antonio Daban y Ramírez de Arellano, mariscales de campo y diputados a Cortes; José Velazco y Postigo, mariscal de campo; Andrés López de Vega y Rafael Hernández de Alba, brigadieres; Julio Apezteguía, Rafael Ruiz Martínez, José Ramón Bethencourt, Francisco Cañamaque y José Ferreras, diputados a Cortes por Cuba. Como secretario actuaria José Álvarez Pérez, jefe de Administración del Ministerio de Ultramar. *Establecimiento de colonias militares en Ultramar*, p.IV.

pamentos militares que, con el tiempo, podrían evolucionar a poblados civiles. Los enclaves estarían regidos por disposiciones especiales y sometidos a la jurisdicción del capitán general. Los habitarían soldados, preferentemente quintos llegados de la Península, organizados en batallones de entre cuatrocientos y seiscientos individuos. La propuesta venía acompañada, además, de un reglamento de treinta artículos repartidos en cinco acápites que comprendían las disposiciones de carácter general sobre el funcionamiento de los enclaves, bases para la organización de los mismos, los deberes y derechos de los colonos, así como la forma en que se debían administrar los fondos de las colonias. Por último, previendo los posibles fracasos por falta de recursos, proponían que se ensayaran sólo con un batallón para adquirir experiencia. Al final, tampoco se tienen noticias de la instalación en la Isla de colonias basadas en el plan Cassola.<sup>13</sup>

Pese a los fracasos o la falta de resolución práctica, se vuelve una y otra vez sobre proyectos de este tipo, como el presentado en 1882 por el coronel de Infantería Martín Miret y Queraltó. Su propuesta estaba dirigida a establecer en terrenos del Estado varias colonias con el fin de asentar a los batallones de guerrilleros de Bayamo y Santiago de Cuba. Los primeros ensayos se llevaron a la práctica, con la autorización por Real Orden de 26 de junio de 1882 para la instalación de una compañía, aunque las autoridades de la Isla recomendaron esperar a palpar los resultados antes de continuar con el plan.<sup>14</sup>

Como podemos apreciar hasta aquí, la colonización por la vía militar, a pesar del interés de las autoridades, no llegó a constituir una alternativa estable. En primer lugar, porque apenas se ofrecían alicientes a los soldados. Mientras que el decreto de 27 de octubre establecía que las tierras serían entregadas en propiedad al cabo de tres años, en la mayoría de los proyectos los beneficiarios continuarían como arrendatarios, y en el caso de la propuesta de Sánchez Hortal sólo la adquirirían tras ocho años. En segundo lugar, la colonización nacía gravada por los empréstitos solicitados para la adquisición de las tierras y aperos de labranza de los agricultores, así como por los enclaves administrativos que no estaban destinados a la producción y poco aportaban en este sentido. En último lugar, no podemos olvidar que las supuestas ventajas del Tesoro se obtendrían sobre la base de omitir o reducir la paga de los soldados.

En realidad, eran proyectos superestructurales desligados de la base real, de la práctica y las necesidades de la agricultura. Sólo se pensó en construir una franja de

<sup>13</sup> Julio LE RIVEREND, en *Historia Económica de Cuba* (p.459), hace alusión a ensayos de este tipo en 1872 en la zona oriental a propuesta de los generales Velasco y Cassola, pero no hemos podido determinar si son propuestas anteriores o se refiere al proyecto que analizamos y hay un error en la fecha. En ambos casos no existen otras referencias de su puesta en práctica.

<sup>14</sup> El ministro de la Guerra remite copia de un proyecto sobre colonias militares redactado por el coronel Martín Miret Queraltó, el 29 de enero de 1883, en "Expediente sobre repartimiento de terrenos baldíos y realengos y de propios y arbitrios de los pueblos y de los cedidos voluntariamente por los grandes propietarios, para concesiones a los licenciados del Ejército de Cuba y Voluntarios vecinos que hayan sufrido pérdidas, e individuos presentados a indulto y colonias militares", 1880-1883, AHN, Ultramar, Fomentó, leg. 278, núm. 4.

contención a las ideas y aptitudes separatistas, por lo que en todas las propuestas, con pequeñas diferencias, se dedicaba mayor atención y tiempo a las tareas propias de los cuerpos castrenses en detrimento del buen funcionamiento agrícola de los poblados.

Tales cuestiones, en definitiva, condenaron de antemano al fracaso los intentos de hacer factible la colonización por derroteros castrenses. Pocos se concretaron en la práctica, y los que llegaron a realizarse terminaron vinculados a los ingenios de la zona. La colonización en la región centro-oriental fue asumida por los dueños de ingenios, quienes aprovecharon el plan de Reconstrucción para fomentar el azúcar en la región. Una parte de ellos solicitó terrenos repartibles para promover la instalación de ingenios centrales, que utilizaron como proveedores de materia prima a los pequeños propietarios beneficiados con los repartos.<sup>15</sup>

Los dueños de ingenios, aun cuando sus intenciones eran otras, tenían razón en lo referente al distanciamiento de estos programas de las necesidades agrícolas, como sucedió con el último proyecto presentado en esta etapa por Vicente Vives de Lara y la oposición que éste despertó en la Isla.

La propuesta de Lara incluía el establecimiento de colonias tanto civiles como militares.<sup>16</sup> Las primeras podrían ser de traslación de personal o por donación graciosa de terrenos. Las colonias de traslación de personal estaban destinadas a ofrecer condiciones ventajosas a los agricultores que se habían marchado a las ciudades en busca de sustento. Por su parte, las colonias de donación graciosa proporcionarían a los hacendados que cedieran las tierras una forma de revalorizar los terrenos que estuviesen improductivos.

A las colonias militares se destinaría la cuarta parte del Ejército de operaciones en la Isla en columnas de mil a dos mil hombres. Estos soldados-colonos educados en la disciplina militar, aclimatados y conocedores del terreno, constituirían tropas que, en caso de algún conflicto, prestarían servicios en campaña que "ningún cuerpo activo podría rivalizar".<sup>17</sup> A los enclaves castrenses sólo podrían acceder los cabos y soldados que tuviesen terminada su instrucción militar. Además, se les impuso como requisito haber sido labradores o poseer alguna ocupación de campo, cuestión razonable ya que se dedicarían a la agricultura. Sin embargo, resultaba ilógica la exigencia de saber leer y escribir, si tenemos en cuenta que la mayoría de los llamados a quintas eran campesinos sin instrucción. Los incorporados, por último, debí-

<sup>15</sup> Los hacendados se vieron beneficiados además por otras franquicias como la ampliación del Decreto de 3 de noviembre de 1877 — que exceptuaba del pago de impuestos durante seis años a las fincas afectadas o destruidas durante la insurrección — y la autorización en 1882 a importar libre de derechos todo lo necesario "para la industria y cultivo de la caña". Durante estos años por ejemplo, se establecieron cuatro ingenios centrales en Camagüey, uno en Las Villas y seis en Oriente. Al respecto, véase Imilcy BALBOA, *Los brazos necesarios*, p.108-118. Para mayor información acerca del proceso de concentración y centralización de la industria azucarera en las postrimerías del siglo, véase Fe IGLESIAS, *Del ingenio al central*.

<sup>16</sup> Lara había sido fundador y director de un poblado de este tipo en la República Argentina en 1872 y conocía las características del país, pues había residido en la Isla entre 1845 y 1861. Véase VICENTE VIVES DE LARA, *Proyecto general de colonización civil y militar para Cuba*.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p.12.



an tener alguna parienta o agregada soltera mayor de catorce años y menor de cuarenta, con el propósito de fomentar las familias.

La polémica que despertó en la Isla, más que lo relacionado con las cuestiones de corte militar, se centró en dos aspectos. En primer lugar, qué tipo de emigración era la más acertada y, en segundo lugar, quién debería sufragar los gastos de la inmigración: los hacendados o el Estado.

Según Lara, la inmigración más conveniente era por familias, de raza blanca y preferentemente de nacionalidad española, de forma tal que se desviara hacia la colonia la corriente de peninsulares que iban a Sudamérica y, así, asegurar que no se perdiera su vinculación con la madre patria. En su criterio, la entrada de asiáticos, indios u otras razas "inferiores" terminaría por arruinar la hispanidad en la Isla. Asimismo, abogaba por aunar los esfuerzos del Estado y de los particulares. Cada parte cumpliría una función: el Gobierno sería el motor impulsor de los proyectos de colonización —asumiría el 40% de los gastos y se encargaría fundamentalmente de todo lo concerniente al traslado de los inmigrantes—, mientras que la iniciativa privada, mediante una Comisión Protectora de Inmigración y Colonización, se encargaría de llevarlos a la práctica, y correría con el 60% de los gastos destinados a la manutención de los colonos hasta la primera cosecha.<sup>18</sup>

Tales argumentos estaban en contradicción con la estrategia adoptada en estos años por los dueños de ingenios, para hacer lo menos traumático posible el tránsito al trabajo libre, encaminada a la consecución de tres cuestiones fundamentales: a) aumentar la inmigración para forzar una baja en los jornales; b) lograr el mayor control posible sobre la fuerza laboral; y c) hacer recaer sobre el Estado los costes de la transición. En consecuencia, para los mayores productores insulares las cuestiones raciales eran "preocupaciones de escuela". Para este grupo, lo fundamental era promover la inmigración de aquellos trabajadores

[...] más fáciles de atraer a nuestros campos, siempre que sean útiles y aptos para las faenas agrícolas. Supuesta la necesidad de brazos en gran número, lo que debe apetecerse es que vengan de donde sea menos difícil adquirirlos. Esto es lo práctico.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Entre las funciones del Estado estarían la publicación de folletos que explicaran las ventajas que la Isla ofrecía a los inmigrantes, los sueldos de los agentes de inmigración y funcionarios de administración, la remuneración de los agrimensores y agrónomos, la edificación del "Hotel de Inmigrantes", donde se alojarían los recién llegados y el alquiler de la casa donde funcionaría la Comisión Protectora, así como la compra del correspondiente mobiliario. El pasaje de los inmigrantes-colonos y sus respectivas familias, el nombramiento de un funcionario que actuaría como su representante en los contratos entre los colonos y la Comisión. Y la notificación a la Comisión el número de inmigrantes llegados en cada buque, indicando el nombre, edad, nacionalidad, número de familiares, etc. Por su parte, la Comisión atendería el resto de las cuestiones agrupadas de la siguiente forma 1.ª- Administración de colonias y tierras, 2.ª- Administración para el "Hotel de Inmigrantes y pasajes en la Isla, 3.ª- Administración de los alimentos, aperos, herramientas, animales y casas, 4.ª- Contabilidad, 5.ª- Semillaje y producciones. Véase Vicente VIVES DE LARA, *Proyecto general de colonización civil y militar para Cuba*, p.16-17.

<sup>19</sup> *Diario de La Marina*, La Habana, 29 de agosto de 1883. Además, en otro artículo aparecido el 3 de septiembre insistían en la misma idea.

La cuestión no se reducía sólo al aspecto cuantitativo de la inmigración, sino que estaba íntimamente relacionada con conceptos como control e indemnización. ¿Cómo asegurarse la oferta de mano de obra sin perder el dominio sobre los trabajadores? En este sentido, es de destacar el papel jugado por las contratas; la definición del trabajador ideal iba más allá de la raza o estatus para adquirir su mayor dimensión en las posibilidades de atar el jornalero al ingenio. Esta estrategia se complementaba con la obtención de la subvención del Gobierno a sus planes de inmigración, reservando al Estado el papel de agente de inmigración.<sup>20</sup>

De ahí las diferencias con Vives, quien al presentarse en el *Diario de la Marina* para que publicara su propuesta de colonización, fue rechazado por los editores del diario, quienes justificaron tal decisión en la abundancia de materiales a imprimir y le recordaron sutilmente que ya existía la Comisión de Inmigración, la única entidad capacitada para valorar los proyectos que sobre el tema se presentasen. Por supuesto, los editores no eran otros que el conde de Galarza y José F. Velázquez, presidente y segundo vocal, respectivamente, de la Junta de Inmigración. Al final Vicente Vives de Lara se vio precisado a enviar su memoria al ministro de Ultramar, pues en la mayor de las Antillas nadie acogió su proyecto.

Las concepciones de Lara y la reacción que su proyecto despertó entre los mayores dueños de ingenios constituyen un reflejo de las posiciones contrapuestas en cuanto a la forma de concebir la inmigración-colonización a la Isla, y el enfrentamiento que, como consecuencia de este diferéndum, se produjo entre el Gobierno y algunos hacendados: colonias militares e inmigración familiar defendidas por las autoridades, frente a la entrada de jornaleros sostenida por los productores de azúcar, como ocurrió durante el gobierno de Salamanca y su proyecto de colonización militar.

Manuel Salamanca y Negrete (13 de marzo de 1889-6 de febrero de 1890) llegó a la Isla decidido a implantar un nuevo programa de poblamiento promoviendo la entrada de familias españolas, que se asentarían en colonias agrícolas con una organización esencialmente militar.<sup>21</sup> En esta ocasión, a diferencia de las anteriores, la colonización por la vía militar alcanzó el éxito en tanto se concretó. Entre los meses de noviembre y diciembre de 1889, Salamanca logró fundar tres poblados: Reina Cristina (en Ciego de Ávila), Salamanca (en Manzanillo) y Becerra (en Santa Cruz del Sur). Sin embargo, la práctica demostró nuevamente la incapacidad de la vía castrense en la colonización. Los colonos fueron instalados sin estar concluidos los

<sup>20</sup> En un escrito, respaldado por más de mil novecientas firmas, los principales productores y comerciantes solicitaron que se consignara en el presupuesto de la Isla tres millones de pesos anuales para sufragar los gastos de traslado, manutención y alojamiento de los inmigrantes. Ver "Consulta sobre lo promovido por el Excmo. Sr. Conde de Casa More, hacendado, industriales y comerciantes de la Isla, relativo a la cuestión de colonización, facilitando así los medios de trabajo que necesita la agricultura del país," 1881, ANC, Fondo Consejo de Administración [en adelante, CA], leg. 69, núm. 6.992. El análisis de la estrategia de los dueños de ingenios en Imilcy BALBOA, *Los brazos necesarios*, p. 119-153.

<sup>21</sup> El examen del plan Salamanca en Imilcy BALBOA, "Asentar para dominar. Salamanca y la colonización militar. Cuba, 1889-1890".

poblados. Tampoco tenían agua potable, las zonas de cultivo estaban sin desmontar y escaseaban los aperos de labranza, por lo que los suministros para las colonias tuvieron que ser enviados desde la Capitanía General. En pocos días se hizo palpable la imposibilidad de vivir en tales condiciones, algunos colonos murieron a causa de las fiebres y otros emigraron a las ciudades.

En el fracaso del proyecto influyeron, además, otras cuestiones como la premura con que se llevó a efecto, el desconocimiento de las prácticas y costumbres agrícolas del país, así como la concentración del plan únicamente en la persona del capitán general. No podemos olvidar, igualmente, la oposición que este plan despertó en la Isla, sobre todo el enfrentamiento entre la máxima autoridad y los mayores dueños de ingenios, cuyo origen era precisamente la concepción que sobre los fines de la inmigración sostenían cada uno.

Este grupo, que había apostado por la entrada de braceros, pocos días antes del arribo del capitán general a la Isla —el 2 de marzo de 1889— había constituido la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar, con la que aspiraban al control de la inmigración, actividad que les reportaría beneficios no sólo al lograr el abasto de brazos para sus fábricas, sino también con el traslado de los inmigrantes.<sup>22</sup> Además, desde 1879 venían solicitando la subvención del Estado a la inmigración, cuestión que reiteradamente les fue denegada y que, en cambio, Salamanca obtenía para un proyecto contrario a sus intereses y que escapaba a su control.

Esta situación va a cambiar con la llegada de Camilo Polavieja, quien para evitar el desgaste de su antecesor y concentrar sus esfuerzos en dar vida nuevamente a la colonización militar, pactó con los hacendados y accedió a favorecer sus intereses en lo relativo a la inmigración.

## LOS HACENDADOS Y EL CAPITÁN GENERAL. ¿COLONOS O JORNALEROS?

Al tomar posesión como capitán general Camilo Polavieja y del Castillo —en agosto de 1890—, una de sus primeras disposiciones estuvo encaminada a conocer la situación del programa migratorio emprendido por su antecesor. En los informes remitidos por los gobernadores de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe se reflejaba el caos y la desesperación que reinaba en estos enclaves; muchos de los colonos se habían marchado y se hallaban en las poblaciones “ejerciendo” de mendigos. En la colonia Salamanca, por ejemplo, sólo quedaban dieciocho familias “rodeadas de la mayor miseria”.<sup>23</sup>

Para tratar de buscar una solución, el gobernador de Puerto Príncipe, Leopoldo Barrios, propuso, en diciembre de ese año, el abandono del proyecto en la forma

<sup>22</sup> Véanse los *Estatutos de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar*. Cía Anónima.

<sup>23</sup> La máxima autoridad se vio precisada a enviar para la atención de los inmigrantes, dos mil pesos oro al gobernador de Puerto Príncipe y mil quinientos noventa al de Santiago de Cuba. Véase *El Comercio*, La Habana, 8 de septiembre de 1891.

concebida por Salamanca, cambiar la concepción y reagrupar las colonias en un punto donde fuera factible su dedicación al cultivo de la caña. En su criterio, el fracaso de la colonización militar estaba en los "detalles ejecutivos", pues la idea de colonizar con familias era en esencia beneficiosa. Pero dado que los cultivos menores de forma independiente no tenían futuro en la Isla, para hacer productiva una parcela se debía orientar su producción a la agricultura comercial.<sup>24</sup> La propuesta apuntaba a solucionar los problemas del asentamiento y la producción invirtiendo los términos: en vez de promover un enfrentamiento con los hacendados por el control de la inmigración, se trató de convertir la colonización en una extensión de sus intereses, con la creación de lo que Barrios definió como "central-colonial".

El gobernador provincial y un grupo de terratenientes se reunieron en Puerto Príncipe el 22 de febrero de 1891 y acordaron proponer al Gobierno superior de la Isla dar una nueva organización a las siete colonias del territorio —incluidas las de Salamanca y las fomentadas por particulares—, reuniendo a todos los habitantes en terrenos próximos a Santa Cruz del Sur, en un ingenio-central que podría construirse conjuntamente con un ferrocarril de vía estrecha que pusiera en comunicación dicho punto con la región principense. Julio Apesteguía y Tarafa, dueño del ingenio Constancia, se encargaría del negocio, mientras que los terratenientes de la región se comprometieron a entregar las tierras necesarias en zonas propicias para el cultivo de la caña, valorándose la caballería en cien pesos oro, a censo redimible con un canon del 5% anual. Era un negocio que proporcionaría ventajas mutuas. Los hacendados ponían en explotación los terrenos del sur de la provincia, solucionaban la cuestión de la fuerza de trabajo y conseguían la construcción de un ferrocarril de vía estrecha que facilitara la comunicación con esta zona apenas poblada y explotada,<sup>25</sup> mientras que el Gobierno resolvía el problema de la colonización creando un gran centro de población y proporcionando empleo a las familias colonizadoras.

El capitán general dio su visto bueno y muchos hacendados se sumaron al proyecto. Por ironías del destino, los colonos traídos por Manuel Salamanca terminaron sirviendo a sus opositores.

Al propio tiempo, ante el reclamo del Gobierno metropolitano, Polavieja pactó con los dueños de ingenios el mejor modo de traer a la Isla a los españoles que en Argentina se encontraban en situación precaria. En junio de 1891 el capitán general se reunió con el conde de Diana, presidente del Círculo de Hacendados, y con una representación de esa asociación. Los productores de azúcar se aprestaron en esta ocasión a apoyar los planes gubernamentales, que en definitiva les proporcionaban la oportunidad de contar con fuerza de trabajo a bajo precio, y acordaron ad-

<sup>24</sup> "Proposición de Leopoldo Barrios a Polavieja sobre colonización en Puerto Príncipe", 2 de septiembre de 1891, AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>25</sup> Véanse "Acta de compromisos y ofrecimientos de terrenos de propietarios de Puerto Príncipe", 22 de febrero de 1891, y "Notas sobre el ferrocarril de Santa Cruz del Sur", 22 de noviembre de 1891, AGI, Diversos, leg. 10.

mitir hasta a diez mil trabajadores, siempre que fuesen "apropiados" para las faenas agrícolas.<sup>26</sup>

Los dueños de fincas se comprometieron, además, a recoger a los inmigrantes en el puerto de la capital, conducirlos a sus propiedades y pagarles como jornal tres pesetas diarias durante siete meses del año, y de cuatro a cinco los restantes, así como a prestarles asistencia médica gratuita. Sin embargo, no aceptaron el compromiso de alimentar a los trabajadores, planteando que, con una peseta diaria, tendría cada hombre lo suficiente para comer regularmente, pues en las inmediaciones de los ingenios existían tiendas o comercios para estos fines, en las cuales se surtían los que laboraban en esas fincas; por supuesto, eran sus propias tiendas, que mantendrían atado al trabajador. El Gobierno, por su parte, se encargaría de avisarles de la fecha de salida de los buques y del número de individuos que habían embarcado, y de tramitar con la empresa del ferrocarril la mayor rebaja posible en el precio de los pasajes al interior del país.

En "gesto de buena voluntad" con el poder central que había permitido la entrada de jornaleros, los propietarios de ingenios no pusieron reparos en recibir familias enteras. Manuel Calvo, involucrado en el proyecto de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar,<sup>27</sup> no desaprovechó la oportunidad para pedir a las autoridades, desde las páginas de la *Unión Constitucional*, que este plan se hiciera extensivo a todos los trabajadores de la Península que desearan venir a Cuba, y recordarle lo "provechoso" que sería a este fin el convenio gubernamental con la Compañía Trasatlántica. No contentos con esto, Calvo y sus amigos proponían, además, que a quienes viniesen sin contrato fijo el Estado debería pagarles el transporte, el hospedaje al desembarcar por espacio de ocho días como mínimo —para que en ese tiempo pudiesen buscar trabajo—, así como la asistencia médica si llegaban enfermos.

La máxima autoridad, que dados los antecedentes del enfrentamiento de este grupo con Salamanca no esperaba recibir su concurso, se propuso no estropear esta "luna de miel" y brindarles todas las facilidades que estuviesen a su alcance para que los hacendados importaran los brazos necesarios. Tanto al Gobierno como a los propietarios de ingenios no les preocupó la situación de los campesinos y trabajadores agrícolas insulares. En esos momentos se encontraban sin empleo más de cincuenta mil jornaleros, además de la epidemia de marasmo que sufría el tabaco y que había

<sup>26</sup> Véase *La Lucha*, La Habana, 23 de junio de 1890, ANC, AP, leg. 266, núm. 3. También "Revistas Políticas Decenales desde el 20 de mayo al 20 de noviembre de 1890, Carta del 20 de junio de 1890", AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>27</sup> Manuel Calvo y Aguirre dueño del ingenio Portugalere, fue el único vocal cubano del Banco Hispano Colonial hasta su muerte. En 1877 se hizo cargo de la consignación en La Habana de la naviera A. López y Cía, transformada en Compañía Trasatlántica en 1881, año en que Calvo pasó a ser el vicepresidente de dicha empresa. También era miembro del Comité Habanero de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar y uno de los principales opositores del proyecto de colonización militar desarrollado por Salamanca. Para más información sobre la actuación de Manuel Calvo en la Isla véase, por ejemplo, Carmen BARCIA, *Elites y grupos de presión: Cuba 1879-1898*. Martín RODRÍGUEZ Y ALHARILLA, *Los marqueses de Comillas, 1817-1925*. Antonio y Claudio López.

llevado al borde de la miseria a un número considerable de cosecheros. La zafra estaba por concluir, acercándose el llamado "tiempo muerto", que siempre era muy duro para la población rural.<sup>28</sup>

Los trabajadores que existían en la Isla eran suficientes para cubrir tanto las necesidades de la agricultura como de la industria. ¿Dónde emplear, entonces, a los diez mil españoles que vendrían de Sudamérica? El Gobierno dejó en libertad a los hacendados y éstos aprovecharon la oportunidad para importar braceros y, de esta forma, provocar una baja forzosa en los salarios, además de contar con fuerza de trabajo sumamente barata. Los abusos, engaños y malos tratos a los inmigrantes volvieron a ser noticia. En los buques de la Transatlántica se embarcaban en condiciones inhumanas más pasajeros de lo permitido, y las disposiciones gubernamentales se violaban con el mayor descuido hasta el punto de que los buques dejaron de entrar por La Habana y los cargamentos eran dirigidos directamente a los puertos donde convenía a los contratistas.

Asimismo, por Real Orden de 16 de noviembre de 1891, tras tres años de espera, la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar recibió autorización para llevar mil braceros, además de una subvención para desarrollar tal actividad. Los hacendados obtenían dos de sus principales demandas desde 1878, braceros para la zafra por cuenta del Estado. La actividad de la Sociedad iría en aumento en los años siguientes. En 1892 trasladó a cuatro mil inmigrantes y mil trabajadores entre los meses de enero y febrero de 1893. En ninguno de los contingentes arribaron familias, todos eran hombres solteros entre los veinte y cuarenta años, edad considerada óptima para el trabajo.<sup>29</sup>

El poder colonial se convirtió en el sostenedor de la "trata de blancos": subvencionaba el traslado y atención a los inmigrantes para que, luego, los dueños de ingenios utilizaran estos trabajadores según su conveniencia. La máxima autoridad no deseaba una confrontación con los ricos hacendados del país; el problema migratorio y la controversia familia *versus* jornaleros que habían desgastado a su predecesor Salamanca no eran su objetivo. Camilo Polavieja necesitaba concentrar sus esfuerzos en poner en práctica su propio plan de colonización militar, el cual tenía concebido desde hacía muchos años, y ahora se le presentaba la oportunidad de desarrollarlo en grande.

<sup>28</sup> Véanse, por ejemplo, *La Fraternidad*, La Habana, 20 de junio de 1891, y *La Unión Constitucional*, La Habana, 16 de septiembre de 1892. Dos periódicos de signo político opuesto que coinciden en señalar el desempleo existente.

<sup>29</sup> "Reglas para la emigración a Cuba de jornaleros por cuenta de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar, Madrid, 16 de noviembre de 1891", AHN, Ultramar, Fomento, leg. 176, núm. 1. También "Relación de los inmigrantes embarcados por la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar por virtud de las autorizaciones concedidas a la misma", 1 de septiembre de 1892 y 6 de diciembre de 1892, AHN, Ultramar, Fomento, leg. 277, núm. 12. Copias de las listas de inmigrantes transportados a Cuba por la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar", 1892, AHN, Ultramar, Fomento, leg. 176, núm. 2; y "Copia de instancia de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar", 8 de abril de 1893, AHN, Ultramar, Fomento, leg. 277, núm. 11.

## EL PROYECTO POLAVIEJA. COLONIZAR Y CONTROLAR

En principio la concepción colonizadora de Polavieja no se diferenciaba mucho de las propuestas anteriores. El nuevo capitán general contaba con el antecedente de las colonias fundadas durante su mandato como gobernador de las provincias de Puerto Príncipe primero y Santiago de Cuba después, tras el fin de la Guerra de los Diez Años. Proyecto que mantuvo al hacerse cargo del Gobierno insular en agosto de 1890:

La fundación de estas colonias, nos proporciona al propio tiempo las ventajas de tener algunas fuerzas del Ejército colocadas en buenas condiciones, para prevenir cualquier movimiento que se intentara; para evitar que el bandolerismo se desarrolle y también para que en el caso de tener que aumentar el contingente armado, fuese menos gravoso al presupuesto, ya cargado en demasía.<sup>30</sup>

En esta ocasión los objetivos políticos, militares y económicos fueron adaptados a la nueva coyuntura que vivía la Isla. Además de atender al autofinanciamiento del Ejército, dotar de una forma de empleo a los licenciados del Ejército que no encontraban medio de sustento y erigirse en un muro de contención a las ideas independentistas, las colonias militares debían dar respuesta a otras cuestiones como el logro de la diversificación agrícola y la revalorización de los terrenos del Estado con su puesta en explotación.<sup>31</sup>

Según el capitán general, su proyecto sería la "fórmula salvadora" de la economía, a partir del ensayo de nuevos cultivos y el aumento de otros como el henequén, la sansevieria, el plátano, el cacao, etc. Con el cultivo del henequén pensaba obtener ganancias superiores a los seis millones de pesos. La sansevieria, planta también textil que se reproducía en Cuba de forma muy fácil, con una fibra de mejor calidad que no sufría alteraciones con el agua y poseía una gama de usos mucho mayor, también le reportaría beneficios similares al destinarse ambas a la industria textil catalana. El plátano, que hasta esos momentos sólo se había explotado como una fruta para surtir el mercado estadounidense, pero que poseía grandes posibilidades industriales, pues la fibra que se obtenía de su tronco podría ser utilizada en la confección de tejidos y papel, y sus frutos convertidos en harina eran muy apreciados —ya que se conservaban muy bien—, también podría exportarse a los mercados europeos. Sin descartar el cacao y otras plantas de gran demanda en el continente. Por último, estos cultivos alternativos, que necesitaban para su explotación recursos inferiores a los demandados por el azúcar, se ensayarían en unas veinte mil caballerías de tierras que el Estado poseía sin cultivar, lo que aumentaría su valor.

<sup>30</sup> "Carta de Polavieja al ministro de la Guerra, Marcelo Azcarraga", 30 de noviembre de 1891, AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>31</sup> Sobre la concepción militar de la colonización sostenida por Camilo Polavieja, véase su obra *Relación documentada de mi política en Cuba*, p.324. También "Carta de Polavieja a Marcelo Azcarraga, ministro de la Guerra", La Habana, 30 de noviembre de 1891, AGI, Diversos, leg. 10. Carta de Polavieja al ministro de Ultramar, La Habana, 20 de diciembre de 1891, "Revistas Políticas Decenales desde el 30 de noviembre de 1891 hasta el 10 de febrero de 1892", AGI, Diversos, leg. 10. *Diario del Ejército*, La Habana, 2 y 5 de abril de 1893.

Pero a diferencia de otros proyectos anteriores que conjugaban la colonización agrícola con una estructura militar, con Camilo Polavieja la concepción puramente castrense adquirió toda su dimensión. Para el logro de este objetivo diseñó dos tipos de colonias: las primeras serían habitadas por licenciados del Ejército y las segundas, por soldados.

Era conocido que en la zona oriental se habían constituido varios poblados que albergaban a antiguos combatientes del Ejército Libertador alrededor de la figura que en la Guerra de los Diez Años o en la llamada "Guerra Chiquita" los mandara. Estos asentamientos, considerados focos de peligro por las autoridades, funcionaban prácticamente al margen de la ley e, incluso, en algunos se hacía imposible la estancia en sus cercanías de trabajadores españoles. Para contrarrestar esta situación Polavieja propuso fundar colonias en el norte de Puerto Príncipe, en Ciego de Ávila; en el Cauto, al sur de Bayamo; en la Sierra Macstra, entre Jiguani y Baire; en el valle y las sierras de Guantánamo; otra entre Holguín y Las Tunas; en Sancti Spiritus; y una última en Morón.

Alrededor de éstas, y en lo que sería el último intento por revitalizar el Real Decreto de 27 de octubre de 1877, pensaba agrupar "bajo la protección y vigilancia de los militares allí establecidos" a los licenciados del Ejército y a los capitulados de la guerra, con el doble propósito de dar seguridad a los primeros (que mostraban cierta resistencia a establecerse cerca de núcleos de pobladores cubanos) y obligar a los segundos a ser "hombres de trabajo y de paz".<sup>32</sup> Pero estas colonias no pasaron de ser un proyecto, y sobre las mismas no se tienen noticias. La explicación podría estar —como antaño— en la falta de incentivos de los licenciados para abandonar las poblaciones y marchar a los campos fiando su porvenir en otro proyecto colonizador de dudoso futuro, así como en la propia voluntad del capitán general, que concentró su labor en el fomento de las segundas relegando esta parte del plan, que quedó inconcluso con su renuncia.

Tradicionalmente, en la historiografía se le ha dado mayor relieve al plan colonizador de Polavieja por los resultados obtenidos, pero en realidad su proyecto, estructurado a partir del empleo de soldados, respondía a una concepción más sencilla —en comparación con todo lo que comportaba el empeño colonizador con familias de Salamanca—, que, por lo demás, tenía de antemano mayores posibilidades de realización al responder a una estructura cuartelaria, que trasladaba la vida y disciplina propias de un campamento militar a las faenas agrícolas. De esta forma aseguraba la producción, que también fue ordenada y dispuesta por el general, al tiempo que garantizaba y generalizaba la vigilancia y represión de los insulares.

Contando asimismo con el antecedente de lo sucedido a las colonias de Salamanca en cuanto al suministro, Polavieja pidió al Gobierno metropolitano que esperara dos o tres años a que su plan se consolidara, sin afectar las cantidades destinadas en el presupuesto a la colonización hasta tanto los enclaves experimentales, que había establecido en pequeña escala, no comenzasen a producir lo suficiente para sostener

<sup>32</sup> Camilo POLAVIEJA, *Relación documentada de mi política en Cuba*, p.323-324 y 328-334.



completamente a sus habitantes, pues mientras se recogían los frutos era necesario mantener a los soldados.<sup>33</sup>

Estas colonias que emplearían soldados serían de dos tipos: "permanentes" y "transitorias".<sup>34</sup> Las primeras con un objetivo propiamente militar, y las segundas destinadas a desarrollar la riqueza agrícola y propiciar recursos.

Las colonias "permanentes" estarían situadas en puntos convenientes para contrarrestar rápidamente los levantamientos parciales o salirles al paso a las partidas de bandoleros. Viviendo estas fuerzas en idénticas condiciones que los campesinos, se podría prevenir lo sucedido en la anterior contienda, con las tropas peninsulares que no conocían los territorios y carecían de la soltura e independencia necesaria para moverse aisladamente o en pequeños grupos, hábito que sólo se podría adquirir residendo en el campo. También harían funciones de vigilancia, pues estando estas fuerzas en contacto con la población que los rodeaba podrían conocer sus costumbres, modo de pensar, quiénes eran leales a España, los que preferían ayudar a los bandoleros y los que profesaban ideas separatistas. Todo lo cual, según su criterio, traería un conocimiento del interior del país que sería muy útil al poder español. Estos enclaves, en caso de desatarse una guerra, constituirían puntos para las columnas del Ejército y proporcionarían prácticos y recursos.

Las colonias "transitorias" tenían como objetivo contribuir a un más rápido desarrollo de otras fuentes de riqueza, situándolas en terrenos baldíos propiedad del Estado que no estaban produciendo.

La dirección de los poblados estaría a cargo de un oficial del mismo cuerpo y las instrucciones las recibirían de las Juntas constituidas en cada plaza, que a su vez se regirían por una Central.<sup>35</sup> Como los cultivos agrícolas seleccionados para las primeras colonias necesitaban de pocos hombres para su cuidado, los soldados empleados seguirían dependiendo de sus respectivos batallones, lo cual mantenía la organización y no ocasionaba gastos extra por este concepto.

Habiendo estudiado todos los detalles durante los primeros meses de su mandato, transcurrido poco más de un año de su arribo a la Isla, Polavieja concretó en la práctica su proyecto de colonización militar.

## LOS SOLDADOS COMO COLONOS

Durante el último trimestre de 1891 Camilo Polavieja fundó tres colonias: Punta Piedra, Cayo Espino y La Cabaña.<sup>36</sup>

<sup>33</sup> Véase "Revistas Políticas Decenales desde el 20 de mayo al 20 de noviembre de 1891, AGI, Fondo Diversos, leg. 10. También "Carta de Polavieja al ministro de Ultramar Francisco Romero Robledo, La Habana, 10 de mayo de 1892", AGI, Fondo Diversos, leg. 10.

<sup>34</sup> "Informe de Polavieja al ministro de la Guerra", La Habana, 20 de junio de 1892, AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>35</sup> La Junta estaría integrada por el general de brigada Francisco Osorio, el coronel del Estado Mayor Jorge Galrich, el comandante de caballería José Romeu y el teniente de Infantería Juan Lesta.

<sup>36</sup> Para las colonias fundadas por Polavieja, véase "Informe de Polavieja al ministro de la Guerra", La Habana, 20 de junio de 1892, AGI, Diversos, leg. 10. También *La Lucha*, La Habana, 24 de agosto de 1890, y *La Discusión*, La Habana, 14 de noviembre de 1890.

La primera, Punta Piedra, se construyó en la ensenada de Bayanao en Nuevitas, y contaba con cincuenta caballerías de tierras, de las cuales un 60% se dedicaría al cultivo del henequén y las restantes a plátanos y otras producciones menores. La fuerza laboral la compondrían ciento cincuenta soldados. Su cercanía a los cayos de la costa que habían sido utilizados durante la guerra como punto de desembarco de expediciones y escondrijos de armas, y que por esos años eran empleados por los bandidos como refugio, le confería gran importancia estratégica como centro de vigilancia. Además, lindaba con una zona de ingenios a la que deberían defender en caso de cualquier contingencia.

La segunda, Cayo Espino, poseía una extensión mucho mayor —quinientas caballerías— en terrenos vírgenes pertenecientes a la jurisdicción de Manzanillo. Su ubicación, al pie de la Sierra Maestra, donde durante la finalizada contienda los independentistas poseían sembrados y habían establecido puntos de depósito, le permitiría al Gobierno, en caso de un nuevo conflicto, cortar esta vía y, por tanto, limitar los abastecimientos del Ejército Libertador. Fue inaugurada con ochenta hombres, que serían completados con los reemplazos enviados desde la Península hasta alcanzar la cifra de ciento cincuenta, y se dedicó fundamentalmente a la explotación de la sansevieria y el plátano, aunque también desarrolló otros cultivos como el ñame, la yuca, el tabaco o la producción de miel y cera.

El gobernador general esperaba que las utilidades de esta colonia fueran considerables, sobre todo por la explotación de los bosques que la rodeaban. Contaba además con la construcción del ferrocarril a Manzanillo, lo que facilitaría la comercialización de lo producido. Cuando por sus cultivos y el establecimiento de las vías de comunicación los terrenos de Cayo Espino elevaran su valor, planeaba reducir la extensión del enclave y enajenar las tierras restantes en beneficio del Tesoro.

La última colonia fundada, La Cabaña, estaba situada en La Habana, junto a la fortaleza de igual nombre. Acorde con su objeto, constituyó un centro de experimentación de los sembrados que luego serían desarrollados en gran escala en las colonias del interior, a la par que servía de escuela a los oficiales y soldados que más tarde engrosarían los enclaves del oriente del país. Ubicada en una extensión de veinte caballerías de tierra, su principal fuente de desarrollo fue el henequén, dedicándose el resto de los terrenos a ensayos, para lo que se instaló un semillero que contaba con unas cien mil posturas de sansevieria y cincuenta mil de henequén. En ella laboraban veinticinco soldados.

Los reclutas que trabajaban en las colonias percibían gratis el calzado, ropa y tabaco, con la promesa de —en la medida que la producción aumentase— contar con mejoras en la alimentación sobre la base de los productos que obtuvieren de sus huertas. Además, recibirían un jornal, y cuando cada enclave estuviese definitivamente organizado y en marcha, se le daría un premio a los individuos que se distinguiesen por su conducta y amor al trabajo. Al licenciarse tendrían preferencias cuando se entregasen las tierras si permanecían en la Isla.

Por primera vez la política de estímulos a los soldados fue efectiva. Según el capitán general:

[...] el desarrollo de riqueza es un poderoso medio con que puede contar un gobierno para dominar el país pues ella le proporciona modo de sostener tropas y modo de atraerse voluntades con dádivas y empleos [...]. Si la mayoría del país no está con nosotros no podremos conservar la isla mucho tiempo.<sup>37</sup>

Esto le permitiría concebir, poco a poco, un campesinado disciplinado, con conocimientos militares en caso de una guerra y, por supuesto, fiel al poder español, al tiempo que servirían de freno al descontento y crearían "intereses conservadores que restaran elementos a los amigos de revueltas e insurrecciones".<sup>38</sup>

Los "campamentos agrícolas" o "campamentos militares", como indistintamente los denominó el propio Polavieja,<sup>39</sup> jugaban un papel fundamental dentro de la política de control y represión ensayada por este capitán general, no sólo contra los independentistas, a quienes equiparó con los bandoleros,<sup>40</sup> sino también contra todos los sectores descontentos con la política gubernamental, que incluían a los autonomistas así como a hacendados azucareros y fabricantes de tabaco a los que acusaba de anexionistas por su participación en el Movimiento Económico.<sup>41</sup>

La tan alabada en su época diversificación agrícola a partir del ensayo de otros cultivos,<sup>42</sup> no se debió sólo a la intención de diversificar la agricultura. En realidad, Polavieja pretendía con el fomento de estos cultivos alternativos, que serían comercializados en Europa y principalmente en España, restarle fuerzas con el tiempo al azúcar y el tabaco —producciones dirigidas fundamentalmente al mercado norteamericano— y neutralizar las supuestas inclinaciones anexionistas de los productores insulares.<sup>43</sup>

El ensayo en pequeña escala, en condiciones de cuartel, supeditado a la autoridad militar del general y efectuado por soldados acostumbrados a obedecer en la cadena de mando del Ejército, permitió que las colonias fundadas por Camilo Polavieja corrieran mejor suerte y comenzaron a dar resultados rápidamente. A menos de un año de su fundación, en Punta Piedra se construyó una pequeña manufactura para el procesamiento del henequén y un muelle para exportar sus productos, a más de cubrir con facilidad los gastos de gratificación de los soldados, así como los de su fomento.

<sup>37</sup> "Colonias Militares", La Habana, 15 de junio de 1892, AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>38</sup> Camilo POLAVIEJA, *Relación documentada de mi política en Cuba*, p.324.

<sup>39</sup> "Informe de Polavieja al ministro de la Guerra, La Habana, 20 de junio de 1892", AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>40</sup> Polavieja se destacó en la Isla por su política represiva que bajo el supuesto de la persecución del bandolerismo abarcó a toda la sociedad. Durante su mandato creó el llamado Gabinete Particular, conocido como "Gabinete Negro", por los métodos que utilizó. Prácticamente declaró a la Isla en estado de sitio, sustituyó los alcaldes civiles por militares en algunas localidades y destacó unos siete mil efectivos militares para las labores de represión en los campos, entre otras medidas. Véase Manuel DE PAZ, José FERNÁNDEZ y Nelson LÓPEZ, *El bandolerismo en Cuba*, p.226-235. Imiley BALBOA, "Protesta rural e independencia nacional", p.245-250.

<sup>41</sup> "Carta de Polavieja al ministro de la Guerra", 20 de marzo de 1891, AGI, Diversos, leg. 10.

<sup>42</sup> Véanse, por ejemplo, los artículos aparecidos en *El Fanal*, Puerto Príncipe, 17 y 18 de junio de 1891. *El Pueblo*, Puerto Príncipe, 20 de junio y 9 de noviembre de 1891.

<sup>43</sup> Véanse "Carta de Polavieja al ministro de la Guerra", 20 de marzo de 1891, AGI, Diversos, leg. 10; "Carta de Polavieja a Marcelo Ascarraba, ministro de la Guerra, La Habana, 30 de noviembre de 1891", AGI, Diversos, leg. 10. También "Colonias militares", La Habana, 15 de junio de 1892, AGI, Diversos, leg. 10.

En 1893 este enclave contaba con setenta caballerías de tierra, y habían adquirido veintidós yuntas de bueyes, doce carretas y todas las herramientas de labor necesarias. Se habían levantado dos muelles de treinta metros de longitud, y poseían cinco embarcaciones para la comercialización de sus productos. También se construyó un andén para la estación de ferrocarril. Para atender a los gastos de instalación se dedicaban, además, a la fabricación de cal, carbón y el corte de leña para la vía férrea de Puerto Príncipe a Nuevitás. Los soldados percibían como recompensa la mitad de todo lo que trabajaban y se vendía, obteniendo como término medio una utilidad mensual entre los ocho y nueve pesos cada uno. Y Cayo Espino también exhibía logros similares.<sup>44</sup>

¿Significó esto el éxito de la colonización por la vía militar? Las colonias fundadas por Polavieja sobrevivieron a su renuncia el 20 de junio de 1892. Sin embargo, todo parece indicar que sus sucesores no tuvieron interés o no pudieron continuar el proyecto. La última noticia que encontramos sobre estos poblados fue un artículo aparecido en *La Lucha* en agosto de 1893, alabando lo alcanzado en Punta Piedra. Después no aparecen referencias de ninguna índole. Las colonias cayeron en el olvido y se perdieron en el tiempo. Fundamentalmente, porque tampoco estaban pensadas para alentar el desarrollo del ramo de colonización y la agricultura de la Isla, su instalación respondió al interés particular de un general de solucionar los problemas relacionados con el sostenimiento del contingente militar en la Isla reduciendo su coste, al tiempo que servían de cuerpos de vigilancia y control en las áreas rurales.

La precipitación en poner en práctica estas ideas, y su subordinación a una sola persona, no permitió que las colonias militares sobrevivieran en la forma en que fueron concebidas. Con la ausencia del promotor se abandona su ideal de colonización, pensado para él y no para que perviviera en el futuro. Eran militares acostumbrados a la guerra, pero no a las labores agrícolas, por lo que muchas de las disposiciones de corte castrense lastriban el funcionamiento agrícola. El fracaso y abandono de estos proyectos arruinó la posibilidad de desarrollar planes efectivos de colonización desde el Estado, actividad que a la postre tuvo que ser dejada en manos de los hacendados sobre todo del centro y oriente, quienes en definitiva fueron los que aprovecharon los restos de los ensayos en beneficio propio, con destino al fomento del azúcar en esas regiones.

## BIBLIOGRAFÍA

BALBOA, Imilcy. "Bandidos y *bandidos*". En: José A. PIQUERAS (ed.). *Diez nuevas miradas de historia de Cuba*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 1998, p.115-150.

<sup>44</sup> "Carta de Polavieja al ministro de Ultramar Francisco Romero Robledo, La Habana, 10 de mayo de 1892", AGI, Diversos, leg. 10.

- Los brazos necesarios. Inmigración, colonización y trabajo libre en Cuba, 1878-1898*. Alzira-Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente (UNED)-Fundación Instituto de Historia Social, 2000.
- “Asentar para dominar. Salamanca y la colonización militar. Cuba, 1889-1890”. *Tiempos de América*, 8 (2001), p.29-46.
- “Protesta rural e independencia nacional”. En: Carmen BARCIA et al., *La turbulencia del reposo. Cuba, 1878-1895*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1998.
- BARCIA, Carmen. *Elites y grupos de presión: Cuba 1879-1898*. La Habana: Ciencias Sociales, 1998.
- DE PAZ, Manuel, José FERNÁNDEZ y Nelson LÓPEZ. *El bandolerismo en Cuba. Presencia canaria y protesta rural*. La Laguna: Centro de Cultura Popular Canaria, 1993-1994, 2 t.
- Establecimiento de colonias militares en Ultramar*. Madrid: s.p.e., 1883.
- Estatutos de la Sociedad Protectora del Trabajo Español en las Posesiones de Ultramar. Cía Anónima*. Madrid: Establecimiento Tipográfico El Correo, 1889.
- IGLESIAS, Fe. *Del ingenio al central*. San Juan de Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998.
- Instituto de Historia de Cuba. *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales. 1868-1898*. La Habana: Editora Política, 1996, t. 2.
- LE RIVEREND, Julio. *Historia económica de Cuba*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1971.
- Memoria sobre la creación de colonias militares en la Isla de Cuba*. Madrid: Imprenta y Fundición de la Viuda e Hijos de J. A. García, 1881.
- NARANJO, Consuelo. “Hispanización y defensa de la integridad nacional en Cuba, 1868-1878”. *Tiempos de América*, 2 (1998), p. 71-91.
- y Armando GARCÍA, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*. Madrid: Doce Calles, 1996.
- PÉREZ JR., Louis A. *Lords of the Mountain. Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1898*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1989.
- POLAVIEJA, Camilo. *Relación documentada de mi política en Cuba*. Madrid: Imprenta de Emilio Minuesa, 1898.
- RODRIGO Y ALIARILLA, Martín. *Los marqueses de Comillas, 1817-1925*. Antonio y Claudio López. Madrid: LID Editorial Empresarial, 2000.
- SÁNCHEZ HORTAL, Eduardo. *Proyecto sobre la reconstrucción con individuos de tropa, formando colonias militares por las reservas del Ejército*. Madrid: Tipografía de Luis María Puente, 1882.
- VIVES DE LARA, Vicente. *Proyecto general de colonización civil y militar para Cuba*. La Habana, 1883.